

Cuadernos de Historia Contemporánea
Vol. 24 (2002) 301-315

ISSN: 0214-400-X

Sobre el terror estalinista: la documentación desclasificada

ANTONIO FERNÁNDEZ GARCÍA
Departamento de Historia Contemporánea
Universidad Complutense de Madrid

Desde los años treinta todos los estudios sobre el régimen soviético se han topado inevitablemente con el tema del terror implantado por Stalin como instrumento de su ejercicio del poder. Motivo de controversia entre partidarios y detractores, la polémica se intensificó a partir del Informe secreto de Krushev en el XX Congreso en febrero de 1956. Con la apertura de los archivos soviéticos durante la *Perestroika* resulta posible examinar la cuestión a la luz de una documentación prácticamente irrefutable. En parte fue tenida en cuenta por Nicolás Werth y Stephen Courtois en el *El libro negro del comunismo*¹, editado en 1997, pero otras publicaciones más monográficas permiten superar algunas colaboraciones de este libro al tiempo que aportan nuevas perspectivas para el conocimiento del enigma, pues como tal fue considerado durante años. De esta forma, a las denuncias de Suvarin y Medvedev² y las monografías de R. Conquest³ se han sumado en los últimos años libros reveladores sobre la KGB, los más importantes el estudio de C. Andrew y O. Gordievski y las memorias

¹ COURTOIS, S., y WERTH, N., et al.: *El libro negro del comunismo. Crímenes, terror y represión*, Madrid-Barcelona, Espasa/Planeta, 1998. Aunque algunas de las colaboraciones recuerdan el tono de guerra fría más que el neutro del estudio académico, el trabajo sobre la URSS de Werth, prestigioso estudioso de la vida cotidiana en la Unión Soviética, nos parece espléndido y demoledor.

² SUVARIN, B.: *Aperçu historique du Bolchevisme*, París, Ed. Champ Livre, 1977. MEDVEDEV, R. A.: *Que juzgue la Historia. Orígenes y consecuencias del estalinismo*, Barcelona, Destino, 1977.

³ CONQUEST, R.: *El gran terror (Las purgas stalinianas de los años treinta)*, Barcelona, Caralt, 1974. Edición revisada: *The great Terror. A Reassessment*, Londres, Hutchinson, 1990.

de Pável Sudoplatov, el estado de la cuestión sobre Stalin efectuado por W. Laqueur, y las aportaciones documentales de J. Arch Getty, Oleg V. Naumov, Vitali Chentalinski y William J. Chase⁴.

Aunque no nos ceñiremos a este punto, la mayoría de los estudios se ha orientado hacia el desvelamiento de la destrucción de la Vieja Guardia bolchevique en los procesos de los años 1936 a 1938. En ella se centra la publicación clave, elaborada por J. Arch Getty, profesor de historia rusa en California, y Oleg V. Naumov, subdirector del Archivo Central del Partido en Moscú, quienes incluyen 161 documentos, muchos de ellos de capital importancia⁵. La documentación procede de centros diversos: Centro ruso de Conservación y Estudio de Documentos de la Historia Reciente, Archivo del Comité Central del Partido, Depósito Central de Documentación Reciente, Archivo Estatal de la Federación Rusa. Extraordinariamente reveladores resultan los debates en el Comité Central y en el Politburó. No menos importante ha de ser considerada la documentación de los archivos de la KGB, conocidos desde dentro por Sudoplatov y por Gordievsky⁶, así como los Archivos literarios de la Lubianka, examinados por Chentalinski. Ya en 1989 se publicaron los Informes de la Comisión del Politburó⁷, que analizaban los sucesivos procesos, contra Zinoviev y Kámenev (1935 y 1936), el Ejército Rojo (1937), Radek y Piatakov y finalmente Bujarin y Rikov (1938), y a partir de cuyos resultados se acordó la rehabilitación de figuras condenadas y ejecutadas sin ninguna base acusatoria.

Antes de sistematizar las aportaciones de esta cosecha documental, intentaremos una breve presentación del tema en su aparición y desarrollo.

En Occidente resultaba casi imposible atravesar las barreras informativas de un régimen hermético. En 1934 el escritor inglés H. G. Wells se entrevistó con Stalin y describió al jerarca soviético como un hombre prudente y ecuaníme. En esa fecha Rusia apenas estaba saliendo de una hambruna (1932-1933) que provocó millones de muertos y que aparecía como la última onda de la

⁴ Vid. *infra*.

⁵ ARCH GETTY, J., y NAUMOV, O. V.: *La lógica del terror. Stalin y la autodestrucción de los bolcheviques. 1932-1939*, Barcelona, Crítica, 2001. Getty es autor de numerosas publicaciones sobre el tema; Naumov ha editado fuentes durante los años posteriores a la *Perestroika*.

⁶ SUDOPLATOV, P., y SUDOPLATOV, A.: *Operaciones especiales*, Barcelona, Plaza y Janés, 1994. ANDREW, Ch., y GORDIEVSKI, O.: *KGB. La historia interior de sus operaciones desde Lenin a Gorbachov*, Barcelona, Plaza y Janés, 1991.

⁷ «Nueva luz sobre los procesos de Moscú». Apéndice, en LAQUEUR, W.: *Stalin. Revelaciones*, Buenos Aires, Vergara, 1991.

colectivización forzada del campo, impuesta a través de una política represiva igualmente mortífera. Hemos de deducir que Wells desconocía totalmente fenómenos de una amplitud que en otro país hubieran monopolizado las primeras páginas de los diarios y que basaba sus impresiones en una simple visita de cortesía.

Entre los escasísimos textos que en Occidente, ya antes de la gran purga, denunciaban los instrumentos de represión de la policía, en ese momento denominada GPU, recordamos el de Essad Bey (pseudónimo de L. Nos-simbaum)⁸.

A partir de 1936, durante los juicios contra la Vieja Guardia y otras fuerzas reales (ejército, policía), en los países democráticos se sostuvieron posiciones encontradas. Mientras una comisión norteamericana presidida por Dewey consideraba amañados los procesos, un manifiesto de intelectuales encabezado por Granville Hicks atacó a la comisión, y un periodista de renombre, Walter Duranty, consideró atendidos a derecho todos los procedimientos.

El hermetismo ruso comenzó a desvanecerse cuando apareció el libro de Boris Suvarine en 1939, algunas víctimas pudieron publicar sus relatos (Memorias de Ivanov-Ramzunik, y de Margarete Buber-Neuman, viuda de un miembro del Buró Político), o se editaron libros situados entre la monografía y el testimonio, como el del profesor Swianiewicz, estudioso de la organización económica de los campos de trabajo, a lo que se sumaron relatos de exiliados, entre ellos los más importantes el de Krivitski: *Yo fui agente de Stalin* (1940) y el del comunista yugoslavo Anton Ciliga: *Au Pays du grand mesonge* (1938), así como las narraciones literarias, *El cero y el infinito* de Koestler y *Un día en la vida de Iván Denisovich* y *Archipiélago Gulag* de Solzhenitsin. Qui-nientas carpetas de los Archivos del Partido en Smolensko fueron capturadas por los alemanes en 1941 y terminaron en poder de los norteamericanos. Ante la amplitud de la masacre se intentó rastrear su huella en la pirámide de la población, enfoque realizado en un espléndido trabajo por Lorimer en 1964⁹. Tres años antes, en el XXII Congreso del P.C.U.S. (octubre de 1961), algunos discursos pueden ser considerados pequeñas viñetas de las purgas. Esta publicación culminó en el estudio global de Robert Conquest.

Con la apertura —relativa— de los archivos rusos la publicística posterior a 1989 permite un nuevo nivel de conocimiento, basado en los documentos y

⁸ ESSAD BEY: *La policía secreta de los soviets*, Madrid, Espasa-Calpe, 1935.

⁹ LORIMER: *La población de la Unión Soviética. Historia y perspectiva*, Ginebra, Sociedad de Naciones, 1964.

no ya solamente en los testimonios. ¿Qué han aportado al tema estos fondos desclasificados? Para no extralimitarnos en el espacio propio de una nota, sistematizaremos brevemente algunos aspectos.

1. BALANCE DE VÍCTIMAS

En su meticuloso estudio Nicolás Werth ha estimado en 20 millones la cifra global de víctimas del comunismo en la URSS, equivalente a sus pérdidas en la segunda guerra mundial. Este cálculo nos sitúa muy por encima de las estimaciones de Conquest, aunque queda por debajo de la señalada por algunas publicaciones durante la *Perestroika* (revista «Neva», órgano semioficial «Argumenti i Fakti»). Reparemos en algunos sumandos de esta cifra final, en la que se incluyen desde represaliados en la guerra civil —una partida de dudoso encaje en el débito de Stalin— hasta deportados y represaliados en la segunda guerra mundial.

Con la documentación recopilada por un grupo de investigación norteamericano Evan Mandsley se ha aproximado a un recuento de víctimas de la colectivización forzada de la tierra, decretada por Stalin en 1929. Según esta documentación ese año fueron deportadas 380.000 familias, lo que equivalía a dos millones de individuos; ante la resistencia surgida, miles de *kulaks* fueron condenados a muerte. Si se toma como indicador la sobremortalidad, el balance más fiable de la colectivización agrícola e industrial contabiliza un total de 8,5 millones de muertes¹⁰. Este incremento de la mortalidad tuvo su etapa álgida durante la gran hambruna de los años 1932-1933. El hambre se convirtió en un elemento político, al ser calificada como «conspiración de los *kulaks*» (v. doc. 6 y 7 de J. A. Getty). Cuando las cosas iban mal se buscaba la explicación en fuerzas oscuras, nunca en errores de los dirigentes.

Ahora han salido a la luz los documentos de la policía secreta, procedentes del archivo de la Secretaría del Gulag y de la Administración Central de los Campos, que hacen posible un balance del terror de los años treinta. Las estimaciones anteriores oscilaban entre los 3,5 millones de detenidos señalados por Volgokonov, pasando por los 5 a 8 millones de Robert Conquest hasta los 20 millones propuestos por Olga Shatunovskaia. La documentación poli-

¹⁰ MANDSLEY, E.: *The Stalin Years. The Soviet Union 1929-1953*. Vid. cap. 7 y Balance en p. 98. Manchester University Press, 1988. GETTY *et al.*: «Victims of the soviet penal system in the post-war years», *American Historical Review*, n.º 98 (1993).

cial se aproxima más a la estimación de Volgokonov¹¹. Del millón y medio de arrestados en 1937-1938, fue condenado el 83%. La serie anual reconstruida entre 1921 y 1938 demuestra que este año fue el de una represión más masiva: 638.509 detenidos, de ellos 554.258 fueron condenados, y de estos 328.618 lo fueron a fusilamiento¹². Así pues, casi mil personas diarias eran condenadas a enfrentarse al pelotón a lo largo de ese año. Otros documentos de la KGB archivados estiman el número de ejecuciones en 1937-1938 en 681.692 personas, frente a 1.118 en 1936. Durante la *Perestroika* la KGB hizo públicas algunas de estas estadísticas; menos precisas que la de la documentación desclasificada, presentaban sumas algo inferiores.

Habría que añadir los condenados al Gulag y contabilizar los muertos en prisiones y campos de trabajo. Esta «mortalidad en régimen de custodia» pudo alcanzar los 2 millones, según cálculo, no apoyado por el momento en documentación, de Getty y Naumov. La represión contra los imaginarios enemigos del régimen no se detuvo durante la gran guerra patria ni después de su final. En cumplimiento de la Orden 270 de Stalin, que declaraba traidores a cuantos se rindieran, se consideró incursos en el delito de traición a los 2.775.770 soldados hechos prisioneros por los alemanes. Aproximadamente la mitad de ellos fueron conducidos al Gulag al acabar la contienda¹³.

2. ELEMENTO DESENCADENANTE DEL TERROR

Del acervo documental revelado y a partir de las diversas hipótesis lanzadas por los soviólogos parece deducirse la génesis de la política represiva en la conjunción de dos fenómenos: los hábitos represores adquiridos durante la cruenta guerra civil y la obsesión de Stalin y su entorno por mantenerse en el poder, eliminando de forma drástica cualquier posibilidad de oposición, procedente del exterior del partido bolchevique o generada en el seno de la Vieja Guardia.

En cada fase es factible distinguir un elemento desencadenante. Es el caso de la colectivización forzada de la tierra. Stalin la decidió en contra de otros sectores del partido. Por este motivo, al producirse el descenso en las cosechas, no pudiendo aceptar un error político, elaboró la doctrina de la conspi-

¹¹ Vid. GETTY y NAUMOV, *op. cit.*, pp. 473 y ss.

¹² *Ibidem*, Cuadro 5, p. 474.

¹³ R. SERVICE: *Historia de Rusia en el siglo XX*. Barcelona, Crítica, 2000, p. 285.

ración de los *kulaks*¹⁴, tesis conspiratoria que en los años siguientes se aplicaría al aparato central del partido bolchevique.

Como es sabido, el asesinato de Kirov, considerado en muchos sectores «delfín» de Stalin, el 1 de diciembre de 1934, desencadenó el fenómeno del «gran terror», con su fase álgida en los años 1936 a 1938, pautada por los grandes procesos. Al llegar, horas después del crimen, el dictador a Leningrado, abofeteó al jefe de la policía en el andén de la estación. Así se iniciaba una representación teatral que le permitiría al Secretario General desembarazarse de cualquier oponente real o imaginario. El asesino, Nikolaiev, estaba casado con Milda Draule, una de las amantes de Kirov, lo que induce a pensar en un crimen pasional. Pero sucesivamente Stalin, Kruschov, Gorbachov, procuraron salvaguardar la reputación de Kirov, uno de los iconos de un partido que pretendía encarnar una nueva moral. Stalin elaboró la versión de que Kirov había sido asesinado por Nicolaiev con ayuda de los líderes de la NKVD de Leningrado por orden de Trotski y Zinoviev, inventando el mito de una rebelión secreta que le permitiría purgar a sus rivales. Kruschov sostuvo otra versión: Nicolaiev fue ayudado por los jefes de la NKVD por orden de Stalin, quien deseaba desembarazarse de un rival peligroso, al que otros líderes comunistas instaban para postularse al puesto de secretario general en el XVII Congreso. Sudoplatov, alto cargo de la Inteligencia soviética, ha comprobado documentalmente que uno de los policías acusados se encontraba en Crimea. Todo fue un montaje de terribles consecuencias. La familia de Nicolaiev, así como Milda Draule y su madre, fueron fusilados unas semanas después del asesinato.

La inducción por Stalin no ha podido ser probada documentalmente, aunque siempre se ha sugerido. Medvedev ha señalado bastantes cosas extrañas¹⁵. La más sospechosa, la muerte de Borisov, un funcionario que había realizado esfuerzos para prevenir el asesinato, cuando viajaba en un camión cerrado y vigilado por chekistas provistos de barras de hierro. Esta inexplicada muerte fue denunciada por Kruschev en el Congreso de 1961, quien prometió además investigar la muerte posterior de los chekistas que viajaban en el interior del camión con Borisov.

El cotejo de la documentación de los Archivos del Ejército Rojo y de la KGB¹⁶ ha desvelado parcialmente otro enigma, la destrucción de la cúpula

¹⁴ GETTY y NAUMOV, *op. cit.*, doc. 6, p. 79.

¹⁵ MEDVEDEV, *op. cit.*, pp. 187 y ss.

¹⁶ SUDOPLATOV, *op. cit.*, pp. 127 y ss. La caza de brujas y la teoría de la conspiración, en ANDREW y GORDIEVSKI, *op. cit.*, pp. 157 y ss.

militar, con el mariscal Tujachevski a la cabeza. Varias versiones se habían lanzado sobre la motivación de un proceso en el que se encausó a 8 generales y se purgó a 35.000 oficiales, debilitándose de forma imprudente el aparato defensivo en una fase de tensión internacional. La primera versión, la de la conexión alemana, sostiene la inclinación del generalato ruso a mantener la amistad con Alemania para aprovechar su tecnología, cuando Stalin había decidido romper este nexo en el momento de la entente con Francia. La segunda versión aduce que las víctimas eran intelectualmente superiores a Vorochilov, ministro de defensa, y manifestaban su desacuerdo en temas de estrategia. La tercera sostiene la hostilidad entre Tujachevski y Stalin acerca de la responsabilidad de los errores militares cometidos en la guerra civil y en la guerra contra Polonia en 1920. Sudoplatov cree que Tujachevski y su grupo fueron inducidos por Stalin a criticar a Vorochilov. La razón última de la defenestración permanece sin resolverse, aunque las sospechas de conspiración quizás sean una vez más la clave. Cuando Krushev procedió a la rehabilitación de los oficiales, Molotov se quejó de que si no eran espías podrían estar «relacionados con espías y lo principal es que, en el momento decisivo, no se habría podido confiar en ellos». En los diez días siguientes a la ejecución de Tujachevski 980 comandantes superiores fueron detenidos, y muchos de ellos torturados y fusilados. En dos años, más de 33.000 oficiales fueron depuestos, y de ellos 9.941 arrestados. Casi 11.000 serían readmitidos al ejército en 1940, por exigencias imperiosas de la invasión germana, pero el resto había sido ejecutado o no salió de su situación de purgados¹⁷.

3. EL TERROR DE MASAS

El terror no sólo golpeó a los cuadros del partido o del ejército sino que alcanzó al conjunto del pueblo, como hemos indicado al hablar de la estadística de víctimas. En 1937 fueron reinstauradas las troikas, tribunales de tres personas que habían funcionado durante la guerra civil. Compuestas por el primer secretario del partido, el procurador y el jefe de la NKVD en cada circunscripción, se convirtieron en los principales agentes del terror. Según las cifras oficiales reveladas por el gobierno ruso en 1995, de los 681.692 condenados a fusilamiento en 1937 y 1938, el 92,6% lo fue por las troikas. Un tele-

¹⁷ GETTY y NAUMOV, *op. cit.*, p. 355.

grama de Stalin transmitido desde el Comité Central a Yezhov, jefe de la policía política, de fecha 3 de julio de 1937, le ordenaba la elaboración de un registro de *kulaks*, «con objeto de que los más hostiles de entre ellos sean detenidos y ejecutados mediante un procedimiento administrativo sumario por una comisión de 3 hombres (troika)»¹⁸. Cualquiera podía ser acusado y decidida su suerte por estos tribunales, cuyos componentes no solían ser expertos en derecho, amén de que el procedimiento sumarísimo sustraía la sentencia a la posibilidad de revisión por un tribunal superior.

Entre los grupos sujetos a medidas punitivas figuraban los detenidos en prisiones y colonias de trabajo, porque seguían «realizando, desde estos lugares, actividades de sabotaje antisoviético»¹⁹, actividad imposible de creer en las condiciones estrictas de confinamiento e incluso de ubicación de bastantes campos.

Quizás lo más revelador de la documentación desclasificada sea la existencia de cuotas²⁰, que llevaban a su paroxismo la histeria represora. Una orden ejecutiva de la NKVD, dictada seguramente por Yezhov, fijaba cupos de detenidos para cada república, territorio o región, especificando el número de los correspondientes a la primera categoría, que serían condenados a muerte, y los de segunda categoría, que recibirían penas de deportación o trabajos forzados. Por ejemplo, en la región de Moscú, serían incluidos 5.000 en la primera categoría y 30.000 en la segunda. Meses después se emitiría una segunda lista. Con este cálculo matemático es evidente que los tribunales no castigaban ningún delito real sino que simplemente actuaban como instrumento de coacción para la sumisión totalitaria de la población. En estas cuotas se cimentaría la ruina de Yezhov, porque cuando chocó con Molotov éste le acusó, con un cinismo oportuno, de que en las cuotas no realizaba comprobaciones y esta falta de profesionalidad había causado muchas víctimas inocentes. Tras esta acusación, el máximo represor probaría también su cicuta, integrándose en las listas de víctimas.

La tragedia del terror se extendió a las familias de los acusados. «Sabemos que Stalin, Molotov y otros miembros del Politburó aprobaban rutinariamente las listas de mujeres o hijos de «enemigos del pueblo» que debían ser arrestados», señalan Getty y Naumov²¹. Transfería Stalin con este procedi-

¹⁸ *Ibidem*, doc. 133, pp. 372-373.

¹⁹ *Ibidem*, doc. 134, punto 6, p. 376.

²⁰ *Ibidem*, pp. 377-378.

²¹ *Ibidem*, p. 387.

miento una tradición de su Cáucaso natal, que incluía la *vendetta* contra las familias como una fórmula de castigo. En 1986 Molotov fue preguntado por Feliks Chuev acerca del motivo de la represión sobre mujeres y niños. La contestación constituye una muestra de los criterios que inspiraban la política estalinista:

«¿Qué quiere decir eso de *por qué*? Tenían que ser aislados en cierta medida. De lo contrario, habrían difundido toda suerte de quejas... y habrían corrompido la atmósfera hasta cierto punto. De hecho, sí (fueron represaliados)»²².

4. PERVERSIÓN DEL DERECHO Y LENGUAJE

En los estudios sobre la Alemania nazi ha sido calificado de perversión del derecho el decreto de 28 de febrero de 1933 sobre la Protección de la Nación y el Estado, que coartaba todas las libertades, intervenía las comunicaciones y preveía penas durísimas para delitos no probados. La misma calificación habría que adjudicar al decreto de 1 de diciembre de 1934, emitido horas después del asesinato de Kirov, que preparó la base legal para la represión en gran escala. En su texto se ordenaba: «Las autoridades judiciales no dilatarán la ejecución de las sentencias capitales, ante las apelaciones a la clemencia», porque el Presidium del Comité Central no las atendería, y «las delegaciones de la NKVD deberán ejecutar las sentencias de muerte... inmediatamente después de la proclamación de las mismas»²³. Se trataba de un decreto sin precedentes en tiempo de paz.

Docenas de contrarrevolucionarios, cuyas causas se encontraban en diferentes estadios de la investigación, vieron como sus expedientes eran transferidos a nuevos tribunales y sentenciada su responsabilidad saltándose todos los

²² *Ibidem*, p. 388.

²³ MEDVEDEV, *op. cit.*, pp. 189-190. SUDOPLATOV, *op. cit.* Apéndice 5, pp. 580 a 590, incluye un documento sobre la matanza del bosque de Katyn que refleja el mismo principio ajurídico de asesinar a quienes son considerados enemigos o simplemente un peligro. En una carta de Beria a Stalin recomienda la matanza de 25.700 polacos hechos prisioneros. «A la vista de que todos son enemigos irreconciliables e intransigentes de la autoridad soviética», propone entre otras cosas: «La vista de los casos debe realizarse sin llamar a declarar a los detenidos y sin presentar acusaciones». Respaldan la medida las firmas de Stalin, Vorochilov, Molotov y Mikoyan. Posteriormente añadieron al margen «a favor» Kalinin y Kaganovich.

trámites. Fueron pasados por las armas sin demora. Con la nueva documentación disponible se comprueba que en este terreno el decreto que tomó como pretexto el asesinato de Kirov no constituía una novedad, porque en septiembre de 1932 el Politburó había ordenado que las sentencias de muerte se ejecutasen inmediatamente. Y el discurso de Stalin el 28 de enero de 1934 ante el 17 Congreso del Partido (doc. 23 de Getty y Naumov), denunciaba el obstruccionismo de los burócratas²⁴. Por los Archivos especiales del Politburó se comprueba que este sanedrín tenía constancia en 1934 de que había disminuido la conflictividad y era posible aliviar la represión; su exasperación, con millones de detenidos y un decreto que anulaba cualquier garantía procesal a partir del asesinato de Kirov, deja pendiente la sospecha de que Stalin no compartiera esta decisión colegial y aprovechara el magnicidio para dar un viraje a la política de sometimiento de la población.

Cuando se leen las Actas de las reuniones del Politburó o de las sesiones del Comité Central llama la atención el lenguaje empleado en las acusaciones políticas, que bordea lo soez y hace exhibición de una tenacidad inagotable para la humillación y los insultos. El lenguaje totalitario, como señaló Hanna Arendt, modifica los contenidos semánticos de las palabras, proceso admirablemente analizado por el lingüista Víctor Klemperer en sus Memorias por lo que a la Alemania nazi se refiere. Diferente es el caso del lenguaje bolchevique, donde falta esa sutileza goebbelsiana de invertir la semántica y se procede a la acumulación de denuos, en discursos más propios de riña tabernaria que de controversias políticas. En el pleno del Comité Central de 4 de diciembre de 1936 (doc. 72 de Getty y Naumov) se oyeron expresiones de este tenor: «Beria: “¡El muy cerdo!”». «Una voz: “¡Los muy bestias!”». «Yezhov: “¡Hay que estrangular a estos cerdos!”». «Beria: “¡Atajo de canallas!”». «Liubchenko: “¡Qué cerdos!”». «Yezhov: “*Izvestia* ha tenido una proporción considerable de cerdos en su plantilla”». Tenemos la impresión de que un análisis lingüístico concluiría que la reiteración de ciertos vocablos traslucía recursos oratorios bastante limitados.

Apuntemos otro rasgo, la aceptación inmediata por los líderes bolcheviques de cualquier acusación, aceptación que en el terreno oratorio se manifiesta en expresiones de autohumillación. Fue lo ocurrido con Piatakov, quien en un telegrama al Comité Central votó a favor de su expulsión. Más tenaz fue la resistencia que ofreció Bujarin, aunque terminó doblegándose y empleando

²⁴ GETTY y NAUMOV, *op. cit.*, p. 122.

expresiones poco acordes con la lucidez intelectual exhibida en sus tratados teóricos sobre el comunismo.

Al empobrecimiento del lenguaje contribuyó la publicación de listas de eslóganes; sus usuarios terminaron siendo prisioneros de una construcción simbólica, «hablaban estalinista», concluyen Getty y Naumov²⁵.

5. LA PERSECUCIÓN DE LOS INTELECTUALES

Eran conocidos documentos que probaban la persecución de escritores y artistas por no responder a los cánones del «realismo socialista», entre ellos un decreto de Zhdanov, de 1948, que prohibía la interpretación de las obras de los excepcionales compositores soviéticos de la primera mitad de siglo, en cuya relación figuraban como réprobos Shostakovich, Prokofiev, Katchaturian, Kabalevski, entre otros. Teníamos información, asimismo, de la nómina de escritores malditos, pero la investigación abierta por Vitali Chentalinski en los Archivos de la Lubianka²⁶ nos permite un conocimiento mucho más claro de una política de confrontación con la inteligencia, característica de los regímenes totalitarios. Chentalinski ha examinado los expedientes de Isaak Bábel, Mijaíl Bulgákov, Pável Florenski, Nina Hagen-Thorn, Gueorgui Demíдов, Borís Poniak, Osip Mandelshtan, Nikolái Kliúiev, Andréi Platónov, e incluso el de Máximo Gorki, el icono literario del régimen. De esta nómina algunos escritores fueron ejecutados, otros destinados al Gulag —suerte que correría más tarde Solzhenitsin, encarcelado en 1945—, los restantes vieron prohibidas sus obras y vivieron un auténtico calvario en su destierro interior. A pesar de que no colma esta serie la lista de réprobos, pues bastaría recordar el nombre de la poetisa Anna Ajmátova, es suficientemente demostrativa de un rasgo que difícilmente se sustrae a la tipificación de totalitario.

Los primeros intentos de Chentalinski a lo largo de 1988 para acceder a los expedientes literarios de la KGB en la cárcel de la Lubianka se toparon con la desconfianza enraizada en unos hábitos de recelo e incluso de temor. Por otra parte algunos escritores temían que pudiera salir a la luz su labor de delatores. Chentalinski habla del «Verbo reprimido. El Verbo ocultado». Sólo el apoyo desde el Kremlin a su tarea —detalle que confirma la autenticidad de

²⁵ *Ibidem*, pp. 38 y ss.

²⁶ CHENTALINSKI, V.: *De los archivos literarios del KGB*, Madrid, Anaya y Mario Muchnik, 1994.

la *Glasnost* de Gorbachov— y un año para conseguir que se aceptara su idea y otro año para acceder al primer expediente, consiguieron abrir el armario de los secretos.

Invitamos a que se sigan los detalles de esta apasionante investigación, aunque aquí nos veamos obligados a citar exclusivamente, a manera de modelo, el contenido del expediente de Isaak Bábel, el que abre el libro. Detenido Bábel el 16 de mayo de 1939, fueron requisados todos sus manuscritos, blocs de notas y correspondencia. Chentaliski descubrió en los avatares de su investigación que Méyerhold, famoso director teatral, fue cruelmente torturado²⁷, en una de esas sesiones que Beria, Comisario del Pueblo para Interior, calificaba de «verdaderas obras de arte». A lo largo de extenuantes interrogatorios Bábel comenzó a denigrar su propia obra, en un proceso psicológico gemelo de la autoinculpación de dirigentes bolcheviques en los grandes procesos. A pesar de elaborar una imagen de escritor extraviado que se arrepiente de sus desvaríos, el instructor se interesó más que por la obra por una presunta actividad de espía o de contacto con contrarrevolucionarios. El juicio ante la troika tuvo lugar el 26 de enero de 1940. No obstante Bábel se retractara de sus declaraciones, el Tribunal lo condenó a muerte y la sentencia se ejecutó el 27 de enero.

El expediente de Gorki lanza sombras sobre otra de las figuras estelares de las letras rusas. Tras haber comprobado las condiciones de los presos del Gulag, terminó por aceptar la inevitabilidad de los abusos y decidió guardar silencio, o, peor aun, poner su pluma y su voz al servicio de la exaltación de un modelo político que reprimía la libertad.

6. LA ATRIBUCIÓN DE LA RESPONSABILIDAD

No constituye una aportación menor de la apertura de los archivos la clarificación de los responsables últimos de este terrorismo de estado. El punto central estribaba en dilucidar la responsabilidad de Stalin. Para muchos ciudadanos rusos Stalin ignoraba por completo el terror, tesis que fue defendida también por Ilya Ehrenburg. Considerándola absurda, en su momento discreparon Suvarin y Medvedev. ¿Qué demuestra la documentación desclasificada? En nuestra opinión parece irrefutable la responsabilidad directa de Stalin en

²⁷ *Ibidem*, p. 44.

el desencadenamiento y mantenimiento del terror²⁸. Getty titubea en cuanto al protagonismo del georgiano en el inicio del proceso, cuando Yezhov aparece como la punta de lanza y Stalin frena las propuestas de castigo inmediato de los disidentes imaginarios, titubeo que constituye el punto más endeble de su sólido estudio, porque en los documentos que publica se comprueba más bien que el dictador fijaba el *tempo* de la represión. Stalin y Molotov firmaban las listas de las cuotas, incluida la sentencia de fusilamiento de los detenidos de primer grado, Yezhov se atenía a las directrices de Stalin, y los dirigentes locales, que decidían en sus circunscripciones, seguían las órdenes del máximo responsable de la policía política. A pesar de sus dudas, referidas al inicio, no a la fase posterior, Getty termina por atribuir a Stalin la máxima responsabilidad y a su círculo mayor urgencia en destruir a la oposición, al constatar que Molotov y Kaganovich se mostraban intranquilos mientras vivieran Bujarin y Rykov, quizás porque desconfiaban de un bandazo del dictador. En consecuencia, entendemos que los aparentes titubeos iniciales de Stalin sólo demuestran una táctica para tener sometido a su círculo de íntimos: Molotov, Vorochilov, Kaganovich, Malenkov y Mikoyan. Todos ellos asumieron una responsabilidad suprema en la política represiva.

Ha de tenerse en cuenta, por otra parte, la extensión de esta política a otra escala, cuando afectó a dirigentes de la Comintern en varios países. Los documentos publicados por William J. Chase²⁹ exhiben la amplitud de las purgas en el año 1940, en un momento en que sólo Stalin podía impartir órdenes más allá de las fronteras de la Unión Soviética.

El eje del mecanismo represor estuvo manejado por Yezhov. Este personaje tortuoso, encumbrado desde un puesto accesorio, punta de lanza para destruir a su antecesor Yagoda, fue el brazo de Stalin, pero sólo eso, un ejecutor, porque no existe duda de que en cada momento, en sus acusaciones contra las figuras de la Vieja Guardia, hizo estrictamente lo que Stalin le permitió o sugirió, hasta que en una cadena fatal terminó compartiendo el destino de sus víctimas.

También induce la documentación desclasificada a poner en duda el papel de Vishinsky, fiscal de los grandes procesos, futuro Rector de la Universidad de Moscú. Se le había presentado en algunas publicaciones como el adalid de la legalidad, un freno a la alteración del derecho que significaban los proce-

²⁸ CHINSKY, P.: *Staline, archives inédites*, París, Ed. P. Berg, 2001. Además, «Diarios» de Dimitrov, Berlín, Aufbau, 2001.

²⁹ CHASE, W. J.: *Enemies within the Gates? The Comintern and the Stalinist Repression, 1934-1939*, Yale University Press, 2001.

dimientos sumarásimos. A tenor de las publicaciones recientes se desvirtúa esta calificación y aparece como un peón más, convencido de la necesidad de liquidar a todos los enemigos del régimen, reales o imaginarios. Porque si algo queda claro es que nunca existió una conspiración, y así lo demuestra la rehabilitación de las figuras de la Vieja Guardia.

La política de represión en gran escala, con víctimas en todos los estratos sociales, sólo podía ser instigada por seres gobernados por una moral anómica, situada fuera de las fronteras trazadas por la ética. En este terreno de la anomia, de los personajes carentes de cualquier principio que no fuera el mantenimiento del poder, ninguno emerge con más rotundidad que Molotov. Mientras agentes encubiertos de la KGB empleados para quebrar la resistencia de los acusados cambiaron de postura años más tarde, Molotov se mantuvo imperturbable en la tesitura de considerar imprescindible la represión contra los posibles conspiradores, aunque esa posibilidad no fuera más que una construcción mental. Así Vladimir Astrov, testigo de cargo contra Bujarin, escribió arrepentido en 1989, a la edad de 90 años, que era un hombre distinto, porque en los años 30 había creído en la infalibilidad del partido y por tanto en la certeza de las acusaciones³⁰. En el caso de Molotov un peligro futuro, o una sospecha de peligro, se transformaba en culpa, cumpliéndose así la concepción totalitaria del delito, descrito por Hanna Arendt como una construcción mental del acusador en vez de un acto realizado por el acusado. En su entrevista por Chuev en 1986 Molotov se mantenía impenitente en su postura. Al ser preguntado: «¿De modo que Stalin no se apiadaba de nadie?», contestó: «¿Qué quiere decir con *apiadarse*? Recibí información y la tuvo que comprobar». Ante la insistencia del entrevistador en que las personas se denunciaban unas a otras, resumió su postura:

«Hubo errores. Pero hubiéramos tenido un número muy superior de víctimas en tiempo de guerra e incluso habríamos sido derrotados si la dirección hubiera temblado, si hubiera habido grietas y fisuras, si se hubiera intuido una discordia»³¹.

La psicología de estado de sitio, o de guerra permanente, que hemos apuntado en otra ocasión, se exhibe sin remilgos en esta confesión sin contrición realizada muchos años después de las depuraciones y purgas.

³⁰ LAQUEUR, *op. cit.*, p. 167.

³¹ GETTY y NAUMOV, *op. cit.*, p. 391.

Los crímenes fueron denunciados por Krushev, y en estos momentos se prepara el estudio del dossier en que fundamentó su denuncia. El 2 de febrero de 1989 Mijail Gorbachov dictó un texto sobre Stalin, no destinado a ser publicado, aunque posteriormente se incluyera en su *Memoria de los años decisivos*. Entre sus consideraciones reconoce que «bajo el pretexto de la necesidad de defender las conquistas de Octubre y la «causa de Lenin», se llevaron a cabo represiones masivas y sangrientas; se masacró a los adversarios ideológicos de Stalin»³².

Esperemos que algún día se publiquen y estudien los dossiers manejados por el padre de la *Perestroika* para su política de desestalinización. Mientras llega ese momento, la documentación desclasificada permite ya comprobar que el terror estalinista constituyó un fenómeno, por su grandeza y por sus extrañas motivaciones, sin parangón en el mundo contemporáneo.

³² GORBACHOV, M.: *Memoria de los años decisivos (1985-1992)*, Madrid, Acento, 1993, p. 242.